

Guerras de caribes y antropófagos. Prácticas e imaginarios de la violencia extrema durante los conflictos civiles del Río de la Plata (1839-1844)

Wars of caribs and anthropophagous. Practices and imaginaries of extreme violence during the civil wars of the Río de la Plata (1839-1844)

Mario Etchechury Barrera¹
Investigaciones Socio-Históricas Regionales
CONICET. Argentina
<https://orcid.org/0000-0002-1606-1620>

DOI: <https://doi.org/10.25032/crh.v11i20.2348>

Recibido: 23/6/2024

Aceptado: 10/12/2024

Resumen: El presente artículo analiza los alcances sociales y significados políticos y culturales de una serie de episodios de violencia extrema ocurridos en las guerras civiles del Río de la Plata a mediados del siglo XIX. Tomando como base memorias, diarios militares y crónicas periodísticas, se plantean algunas discusiones conceptuales sobre la coerción radical y se problematiza el grado de verosimilitud y los usos públicos de relatos y testimonios sobre mutilaciones rituales y trofeos humanos, que dieron cuerpo a una cultura oral de amplia circulación en el espacio rioplatense.

¹ **Mario Etchechury Barrera** es Licenciado en Historia Opción Investigación (Universidad de la República, Uruguay, 2008), Magister (2010) y Doctor en Historia (2013) por la Universitat Pompeu Fabra (Barcelona). Investigador Post-doctoral de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (Montevideo, 2015-2017). Actualmente se desempeña como Investigador Asistente de la Unidad Ejecutora Investigaciones Socio-Históricas Regionales (Conicet-UNR), integrando el «Laboratorio de Historias Conectadas». Ha publicado *Hijos de Mercurio, esclavos de Marte. Mercaderes y servidores del estado en el Río de la Plata (Montevideo, 1806-1860)*, Rosario, Ediciones Prohistoria, 2015 y varios artículos y capítulos sobre historia rioplatense y transnacional.

Palabras clave: violencia extrema, trofeos humanos, guerras civiles, propaganda de guerra.

Abstract: This article analyzes the political and cultural meanings of a series of episodes of extreme violence occurred during the civil wars of the Río de la Plata in the mid-19th century. Based on sources such as memories, military diaries and journalistic chronicles, I will propose some conceptual discussions about radical coercion, to problematize the verisimilitude of these topics and the public uses of stories and testimonies about ritual mutilations and human trophies, which gave shape to an oral culture of wide circulation in the Rio de la Plata area.

Key words: Extreme Violence, Human Trophies, Civil Wars, War Propaganda.

1. Introducción

En un conocido pasaje de *Rosas y sus opositores* (1843) publicado en el exilio montevideano por el escritor cordobés José Rivera Indarte (1814-1845) se aludía a la profunda mutación por la que, a su juicio, estaban atravesando las nociones de gloria y honor militares en el contexto de las guerras civiles rioplatenses en curso. En particular, el periodista atribuía a los combatientes y oficiales de los ejércitos del Gobernador de Buenos Aires, el federal Juan Manuel de Rosas y su aliado Manuel Oribe, de promover una serie de crímenes y atrocidades sistemáticas contra prisioneros y civiles desarmados: «Estos caribes, después de la victoria no enviaban á Rosas banderas ni otros trofeos de gloria que el guerrero del honor recoge en el campo de batalla, sino manecas, lonjas y orejas de los valientes muertos en la pelea o degollados después de prisioneros» (Rivera Indarte 282).² De manera análoga, el periodista Agustín Wright (1800-1849) señalaba en una publicación de 1845 que los oficiales del general Manuel Oribe, jefe del Ejército Unido de la Confederación Argentina «desde su Ministro D. Antonio Díaz, hasta el último de sus gefes allegados» lucían «arros de caballo

² Acerca de los escritos propagandísticos de Rivera Indarte existe una abundante bibliografía, a título indicativo: Saldías (1946); Area (2006); Simari (2018); Quintero Mächler (2020). Traballi (2015) ha analizado de modo exhaustivo el tópico de los trofeos humanos y otras prácticas análogas en la obra del autor.

hechos de piel humana» (Wright 278). En la misma época el intelectual y político montevideano Andrés Lamas (1817-1891) también cargó las tintas contra esta supuesta costumbre bélica de los trofeos humanos, señalando que constituía «un hecho notorio y del que estamos plenamente convencidos», si bien, al mismo tiempo, creía necesario subrayar que «no tenemos ningún documento con que abonarlo» (Lamas 304n32). Esta representación de la violencia guerrera como un «mercado» donde se negociaba y rubricaba el valor y la fidelidad federal cortando trozos del cuerpo enemigo, fue llevada al paroxismo por la poesía gauchesca de Hilario Ascasubi (1807-1875), otro de los protagonistas del sitio de Montevideo. En los versos de «Isadora la federala», que puede ser leída junto a «La Refalosa» –quizás su más célebre composición– el autor describe un supuesto gabinete o «museo» situado en la residencia del gobernador de Buenos Aires, donde este coleccionaba orejas saladas, cabezas y maneadas hechas con piel de sus enemigos (*Poesía Gauchesca* 102-114).

Tenemos que partir, entonces, de relatos a primera vista truculentos: hombres que quitan trozos de piel y orejas a los cuerpos de los enemigos para obtener trofeos, que castran y prenden fuego los cadáveres, se jactan degollando y lamiendo la sangre de sus cuchillos y hasta cortan carne de sus víctimas, con el aparente cometido de asarla. Ahora bien, la sola enumeración de actos atroces, realizada en la época por panfletistas políticos o por los ulteriores historiadores partidistas, acerca de quien inauguró el ciclo de violencia extrema o cometió más crueldades, solo nos devuelve una serie de gestos mudos, pero no nos devela su «gramática» interna, es decir las posibles motivaciones que guiaban esas prácticas y les daban un significado dentro de una cultura guerrera que, no por inscribirse de manera brutal en el cuerpo de los vencidos, era irracional o atávica. Estos fragmentos –que se podrían multiplicar con facilidad– abonan la idea ya popularizada en el Río de la Plata a mediados del siglo XIX de que existía un denso y oscuro circuito compuesto por trofeos humanos tomados en los campos de batalla durante las guerras civiles, en cuya gestión participaban combatientes y oficiales, que los empleaban como una vía para rubricar su virilidad, ganar respeto y dejar sentado, mediante alardes y gestos macabros, su fe política *federal* o rosista.³ En ese contexto, no es casual que el término «caribe» fuese

³ Puede verse un detallado análisis de estos imaginarios vampíricos y teratológicos durante el

sistemáticamente utilizado en los discursos de escritores y publicistas opositores a Juan Manuel de Rosas y Manuel Oribe, para aludir a las supuestas prácticas sangrientas y antropofágicas de los combatientes del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina, retomando una larguísima tradición, que se remontaba a los tiempos de la conquista de América.⁴ De esta manera, el término caribe se insertó con facilidad en la dicotomía barbarie/civilización que ya circulaba en el espacio público rioplatense desde la década de 1820.⁵

En el presente artículo nos proponemos atravesar ese velo tejido por la literatura de propaganda para restituir, de manera provisoria y conjetural, el mundo social de las prácticas y representaciones de la violencia radical o extrema. En esa dirección, consideraremos como hipótesis de trabajo que esas mutilaciones ritualizadas, desollamientos y otros suplicios, podían formar parte de la experiencia del combate real, concreta y sangrienta, con sus propios sentidos políticos, una cultura guerrera fuertemente inscripta en el cuerpo de los vencidos, pero no necesariamente irracional. Esas representaciones de la violencia guerrera, lejos de constituir una mera consecuencia lateral de los combates, conformaban un elemento sustantivo de la experiencia bélica del período, al menos en dos niveles simultáneos: como práctica social en los campos de batalla –lo más difícil de abordar– y, sobre todo, como un entramado de relatos orales narrados en los campamentos y fogones, que componían una suerte de folclore militar. Aquí proponemos desplazar el papel de escritores como Rivera Indarte, Lamas o Ascasubi desde el lugar tradicional que les ha conferido la historiografía, como inventores o tergiversadores de presuntos hechos sangrientos (que también podían serlo, claro está), a otro lugar más ambiguo, que los sitúa como colectores, sistematizadores y «editores» de una oralidad popular que ellos podían emplear para fines políticos, pero que ya circulaba con profusión

rosismo en Ferro (2015).

⁴ Sobre los orígenes y derroteros de este concepto de caribe y su articulación dentro de diversos saberes y discursos científicos y políticos puede verse, entre otros autores a Jáuregui (2008), en particular el capítulo III: «Guardarropía histórica y simulacros de alteridad: salvajes y caníbales en los relatos nacionales».

⁵ Sobre la circulación del binomio civilización/barbarie antes de su popularización sarmientina, cfr. el artículo de Ariel de la Fuente (2016) y los comentarios de Elías Palti y Adriana Amante, en el mismo número.

en esa sociedad atravesada por la conflictividad.⁶

En un primer apartado presentaremos algunas reflexiones conceptuales y metodológicas sobre las fuentes, así como las posibles vías para abordar estos actos de violencia extrema. En segundo término, nos detendremos en un conjunto acotado de episodios referidos a supuestos rituales de suplicio y obtención de trofeos humanos ocurridos durante los dos primeros años del sitio a Montevideo (1843-1844). Ello nos permitirá descender al ras de suelo de esa cultura guerrera y proponer algunas conjeturas acerca de las motivaciones y significados culturales y políticos que esas prácticas pudieron tener para los perpetradores, así como los otros usos públicos que les dieron las autoridades, con independencia de su atribución real.⁷ Si proponemos la fecha de inicio de 1839 es porque consideramos que algunos episodios de violencia radical ocurridos en la Confederación Argentina desde la batalla de Pago Largo (Corrientes, 31/3/1839), operaron un giro crítico en los debates y en la opinión pública de la época. Sin embargo, hay que dejar claro que las fechas no marcan el surgimiento del fenómeno estudiado,⁸ ni mucho menos, ya que este poseía numerosos antecedentes rastreables desde la década de 1810, y se montaba a su vez sobre prácticas militares que eran muy previas, empezando por el concepto mismo de pacificación, de profunda raigambre dentro de la Monarquía Católica.

⁶ Como señaló en su momento Ricardo Piglia (2000, 92) en un texto de 1984, ya en el *Facundo* de Domingo F. Sarmiento aparece consagrado un doble registro, donde los pasajes de la obra que versaban sobre la civilización están sostenidos mediante una serie de citas, traducciones y referencias culturales escritas, mientras que los actos de la barbarie proceden de la oralidad, de los iletrados, de versiones que el autor ha escuchado, pero de las que no se poseía un soporte textual.

⁷ Un cuidado análisis de las prácticas del combate en el Río de la Plata de la primera mitad del siglo XIX en: Rabinovich (2017). Para un enfoque territorialmente más amplio sobre las formas de violencia bélica en Occidente pueden verse, a título indicativo, las obras clásicas de John Keegan (1976 y 1994). Para el caso específico de las formas de la violencia en el marco de conflictos considerados como «civiles»: Kalyvas, 2009.

⁸ Existe evidencia de episodios de violencia extrema producidos en varias de las contiendas ocurridas en el espacio del antiguo Virreinato del Río de la Plata, incluyendo los enfrentamientos entre las tropas de la Junta de Buenos Aires y las fuerzas realistas. Para un análisis pormenorizado de estas campañas remito a Alejandro Morea (2020). La guerra de guerrilla en los valles altoperuanos durante la década de 1810 abunda en ejemplos de episodios de coerción radical, considerados por los contemporáneos como contrarios a los códigos militares tradicionales. Sobre este punto resulta imprescindible el estudio de M. D. Demélas (2007, 175-199). A su vez, muchas prácticas de violencia extrema se tornaron sistemáticas en el contexto de las campañas contra las montoneras en la provincia de Buenos Aires, en la década de 1820, y en Córdoba, durante la represión llevada adelante por el general José María Paz a comienzos de la década de 1830. No obstante, aun carecemos de estudios en profundidad que permitan establecer secuencias y comparaciones, incluyendo otras áreas del Río de la Plata.

No obstante, la porción más copiosa de eventos de coerción extrema de la primera mitad del siglo XIX fueron registrados –es importante subrayar este término– en el primer lustro de las contiendas civiles de 1838-1852, comúnmente englobadas por la historiografía bajo el rótulo de «Guerra Grande», que enfrentaron al Gobernador federal de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, con una serie de opositores regionales, comúnmente definidos como «unitarios», término que encubría una amplia gama de actores y tendencias políticas.⁹ En el despliegue de esa violencia jugó un papel clave el Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina, comandado por Manuel Oribe, expresidente oriental, líder del llamado «partido blanco» y principal aliado de Rosas. Esta fuerza de guerra llevó a cabo una sangrienta campaña de pacificación en las provincias del interior de la Confederación Argentina (1840-1842), para pasar luego a la República Oriental del Uruguay, donde sometió a Montevideo a un extenso asedio (1843-1851). A lo largo de la campaña, el Ejército Unido derrotó a varios contingentes enemigos, desplazó y ejecutó a decenas de opositores, incluyendo ajusticiamientos sumarios y decapitaciones, e hizo gala de una retórica de «guerra sin cuartel», que terminó por reconfigurar los estereotipos sobre la violencia extrema en el Río de la Plata postrevolucionario, nutriendo a la propaganda adversaria con una variada gama de presuntos actos extremos.¹⁰ Debido a esto nos centraremos en los combatientes del Ejército Unido, no por considerarlos los responsables exclusivos de esos hechos cruentos, dado que también hay evidencia de prácticas similares entre militares unitarios, sino por un problema de representatividad de la documentación disponible: desde el momento en que las armas federales triunfaron en casi todos los combates

⁹ Este conflicto es de difícil caracterización, dado que se trató de un conjunto de guerras partidistas regionales, con diversas cronologías, que fueron a su vez retroalimentados por las intervenciones de los gobiernos de Francia e Inglaterra, cuyos intereses políticos y mercantiles en el Río de la Plata chocaron de lleno con las directrices rosistas sobre la navegación de los ríos. En el mismo sentido, el Imperio del Brasil en la última etapa fue fundamental, y su participación inauguró un nuevo y delicado equilibrio regional. En todo caso, el concepto de «Guerra Grande» que se emplea para aludir a esos enfrentamientos solapados entre aproximadamente 1838 y 1852, tiene sobre todo un carácter historiográfico, y todavía no ha sido problematizado de forma adecuada.

¹⁰ Esta violencia extrema formó parte de las prácticas de los dispositivos político-militares de la «pacificación» y revistió un carácter episódico y bastante direccionado. En muchos casos los mandos más enérgicos del Ejército Unido no pudieron ejercer toda la represión que creían conveniente, debiendo negociar constantemente con los integrantes provinciales del propio «partido federal», que no siempre estaban de acuerdo con la aplicación de ese tipo de medidas radicales. Cfr. Etchechury Barrera (2022).

significativos del período y pudieron disponer de la vida de sus enemigos, sus acciones y su retórica fueron las que marcaron el ritmo y las dimensiones de estas violencias de guerra más ritualizadas.

Como fuentes primarias emplearemos una serie de diarios y memorias –tanto publicados como inéditos–, crónicas periodísticas, así como un *corpus* de presuntos testimonios orales que fueron brindados por sobrevivientes de batallas, ante una comisión especial para averiguar los crímenes rosistas, creada en Montevideo a mediados de 1843 con fines propagandísticos, y que fueron reproducidos por la prensa montevideana a medida que se iban generando. Hasta la fecha hemos relevado 40 testimonios de esta naturaleza, de los cuales aquí emplearemos una selección.

2. Caníbales, antropólogos e historiadores. Los desafíos teórico-metodológicos para abordar la violencia extrema

Conviene realizar algunas puntualizaciones básicas, que no por obvias resultan menos pertinentes a la hora de establecer el problema tratado. En primer lugar, cuando hablamos de «violencia extrema» no lo hacemos desde una conceptualización *a priori*. No existen, por fuera de cada sociedad y tiempo, un conjunto de características fijas que nos permitan definir a una acción o evento como atroz, cruel o inhumano. Son los propios actores de cada época quienes nos alertan acerca de cuándo se consideraba que un umbral de «normalidad» estaba siendo superado y ciertos límites o fronteras se diluían o desaparecían, para dar paso a una coerción caracterizada como «nueva», «radical» o «fuera de la civilización». Ese ambiguo parteaguas entre lo normal y lo excepcional se construye en base a una serie de ideas que imperan en cada coyuntura histórica acerca del honor, las reglas del combate, la licitud de ciertos castigos y formas de muerte, entre otros aspectos que se apoyan en pautas éticas o morales, codificadas o consuetudinarias. Esto incluye disposiciones y ordenanzas militares o de justicia criminal, pero también postulados religiosos, que también determinaban los modos de matar al adversario y el tratamiento que se debía dar a los cadáveres. Por otro lado, la representación que se elaboraba de los enemigos y su grado de legitimidad –amalgamada en proclamas, órdenes diarias, así como en la prensa– podía cambiar mucho a lo largo de una contienda y de ello dependía, en ocasiones, el grado de ensañamiento con los prisioneros o muertos

en batalla. La xenofobia, como explicaremos abajo, parece haber sido un elemento crucial a la hora de desencadenar formas radicales de agresión física en el período abordado. En suma, lo que podemos llamar «violencia extrema» o «radical», se constituye como una configuración social cambiante, una especie de confluencia donde se cruzan discursos, ansiedades y temores de los distintos actores enfrentados. Por ello mismo tampoco podemos hablar, salvo a los efectos de simplificar, de «una» coerción, sino de un conjunto de actos extremos que implicaban a combatientes y civiles en el contexto de un conflicto, y que podemos subsumir bajo el rótulo de «violencias de guerra», como proponen Annette Becket y Henry Rousso (21). Por lo tanto, en lugar de limitarnos a enumerar sucesos atroces, parece más conveniente desde el punto de vista metodológico, tratar de restaurar los sentidos políticos y culturales que se le adjudicaban en cada instancia a esos hechos violentos, como apuntó Nicolas Cadet al estudiar los brutales encuentros entre tropas napoleónicas y guerrillas españolas y calabresas, entre 1806 y 1814 (Cadet 65-84). En esa dirección, nos alejamos de las perspectivas que consideran a la violencia extrema como una simple sumatoria o acumulación descriptiva de eventos considerados como radicales o extremos. Esta última fue la estrategia del arriba mencionado Rivera Indarte en *Efemérides de los degüellos, asesinatos y matanzas de Rosas* (1842) y en las célebres *Tablas de sangre* (1843), en las que agrupó una extensa y variopinta gama de sucesos ocurridos entre 1829 y 1843, luego del ascenso de Juan Manuel de Rosas al poder, que incluían desde ejecuciones hasta envenenamientos, asesinatos y bajas en combate (Traballi 36-37). Haciendo uso de esta estrategia narrativa, Rivera Indarte condensó una poderosa imagen del «sistema federal» como una sangría perpetua, caracterizada por una coerción vertical que se iba desplegando desde la cima del poder político hasta «envilecer» a la entera sociedad, con un epicentro en las clases subalternas. Esta interpretación recién comenzó a ser horadada por la historiografía académica, de forma muy paulatina, a partir de las décadas de 1980 y 1990, cuando los componentes formales e informales que habían sustentado al rosismo comenzaron a ser revisitados.¹¹

¹¹ La renovada historia social y política argentina desde mediados de la década de 1980 operó un giro copernicano respecto a las perspectivas previas sobre el rosismo y su vínculo con las prácticas punitivas y la coerción extrema. Entre otros, cabe destacar los numerosos aportes de Raúl Fradkin, Juan Carlos Garavaglia, Jorge Gelman, Pilar González Bernaldo, Jorge Myers, Marcela Ternavasio, Ricardo Salvatore e Ignacio Zubizarreta. Sin embargo, aún resta por hacerse un

Por el contrario, en lugar de construir una serie, al estilo de Rivera Indarte, en el presente artículo cruzaremos el mayor número de fuentes disponible sobre unos pocos eventos que en la época fueron considerados como casos de violencia extrema. Esta perspectiva nos ayudará a descifrar la «gramática» interna de esos episodios, es decir sus tropos, lugares comunes, narrativas maestras y componentes político-ideológicos que les otorgan un significado dentro de una cultura guerrera que, no por inscribirse de manera brutal en el cuerpo de los vencidos, era irracional o atávica. En efecto, desde la Antigüedad hasta las guerras contemporáneas la apropiación de estandartes, banderas, uniformes y otros objetos materiales de valor económico o simbólico, convivió con la obtención –no siempre publicitada– de cráneos, piel, dientes, cabelleras u otros restos de los cuerpos de los enemigos, dimensión que ha caracterizado a diversas culturas guerreras, solapándose no pocas veces con el interés del coleccionismo antropológico.¹² En ese sentido, podemos decir, como propone Joan E. Cashin, tomando como observatorio la guerra de Secesión en Estados Unidos de Norteamérica (1860-1865), que los conflictos suelen generar un «masivo tráfico de objetos» tomados por los combatientes en calidad de reliquias, *souvenirs* o trofeos, que encierran una «multitud de mensajes que no siempre es fácil expresar con palabras» (Cashin 339). Al igual que ocurrió en otras latitudes, en las contiendas rioplatenses estos testimonios sobre trofeos humanos estuvieron ligados a una profusa propaganda de guerra, lo que ha arrojado un manto de sospechas acerca de la realidad misma del fenómeno, que se convirtió en materia de folletines de tintes góticos. La presunta invención de muchos incidentes se suma a la escasez de fuentes directas y autónomas, que superen el contexto de producción «partidista» que ha sustentado la construcción y difusión de esos imaginarios en torno a la coerción radical. Son por demás raros los relatos de combatientes que dan cuenta de estos aspectos macabros de modo voluntario y sin los imperativos de un interrogatorio o de una confesión forzada o incentivada.

Un análisis de esta naturaleza, por lo tanto, implica trabajar con un «archivo» sumamente complejo. Por una parte, contamos con fragmentos de

trabajo más profundo y sistemático de las «violencias de guerra» ejecutadas por combatientes y mandos militares a lo largo de las contiendas civiles del período.

¹² Entre otros, pueden verse los siguientes trabajos: Auslander, Goff y Zahra (2018); Nováková y Šályová (2019); Harrison (2012); Villar y Jiménez (2014); Carmichael (2018).

evidencia «dura», por demás exigua, que dan cuenta de acciones de combate cruentas o atroces y sus motivaciones y significados de primera mano, ya fuere por la pluma o relación verbal de sus autores o de quienes los presenciaron y dejaron un registro relativamente fidedigno e independiente respecto de su intencionalidad política. Por otro, alrededor de ese núcleo se fueron tejiendo una multiplicidad de rumores, conjeturas, invenciones o tergiversaciones, intencionales o no, de quienes dijeron presenciarlo o tener pruebas de su existencia. Ambos niveles dialogan entre sí, aunque las historias, contradictorias o llenas de lugares comunes, suelen tornar casi imposible llegar al «corazón» mismo del hecho violento. Una de las principales y más obvias razones de esta ocusión es que los relatos eran difundidos y resignificados por los dispositivos de propaganda bélica, como ocurría con las presuntas declaraciones de pasados y prisioneros, con la correspondencia interceptada al enemigo u otras noticias divulgadas por periódicos. A su vez, las memorias, recuerdos y diarios que nos han llegado y que revelan la existencia de hechos de violencia radical poseen muy diverso grado de relación con la experiencia de la guerra. Algunos fueron llevados como registros cotidianos, elaborados durante las marchas, otros fueron compuestos a la distancia, mediando años, e incluso décadas, de los acontecimientos vividos.¹³ En todo caso, disponemos de pocas descripciones de testigos directos y rara vez de perpetradores, quizás porque existió entre los contemporáneos un «rechazo a ver», tal como sugiere Stéphane Audoin-Rouzeau (543-549) al referirse a las atrocidades cometidas durante la Primera Guerra Mundial. A este primer filtro se suma un considerable grado de autocensura moral, que atraviesa varios escritos autobiográficos del período que exploramos aquí. En su diario personal de inicios de la década de 1840 el ingeniero argentino Pedro Pico registró el hallazgo de cadáveres colgados y quemados, castraciones y muertes por degüello y empalamiento ocurridos en el inicio del sitio de Montevideo, pero agrega, al mismo tiempo, que «otras circunstancias no se pueden referir», lo que obliga a extremar la imaginación, teniendo en cuenta el lúgubre catálogo que sí registra («Sitio de Montevideo», f. 13v). De forma análoga, el oficial francés Francisco Dairault, que da cuenta en sus memorias de

¹³ Philip Dwyer (2009 y 2015) ha sintetizado las posibilidades que brindan estos registros para abordar las violencias de guerra de las contiendas napoleónicas, más allá de su grado de fiabilidad o de la inevitable mezcla entre ficción y realidad.

desollamientos y ejecuciones de prisioneros ocurridos durante la misma contienda rioplatense, también se detiene ante un umbral: «Si no fuera por respeto a la moral habría de decir otras cosas más que la decencia no me permite relatar» (Dairault 165). Domingo F. Sarmiento, al pasar revista a los asesinatos de prisioneros atribuidos a fuerzas de Oribe en las cercanías de Montevideo afirmaba que algunos de ellos sufrían «mutilaciones en el cuerpo que la pluma se resiste a especificar» (Sarmiento 81). Es posible que, detrás de estos atajos en algunos casos se ocultaran humillaciones padecidas por prisioneros, incluyendo actos de violencia sexual y otros ultrajes, considerados como acciones «nefandas» o «desnaturalizadas» para los cánones de la masculinidad y el honor militar imperantes.

Más complejos aún son los testimonios de hombres y mujeres que dijeron haber visto u oído cometer atrocidades, dado que estos relatos conformaron el corazón de la propaganda de guerra del período. Los que emplearemos en el presente artículo se originaron en una «Comisión encargada de indagar en los crímenes contra el derecho de gentes cometidos por los ejércitos de Rosas», creada en junio de 1843 por indicación del general José María Paz, por entonces Jefe de Armas de Montevideo. Se trataba, como es evidente por su nombre y propósito, de reunir documentos que rubricaban la barbarie e inhumanidad de las fuerzas federales y oribistas. No obstante, en su conjunto, presentan algunas características que la diferencian de otras declaraciones tomadas a título informal o de versiones recogidas habitualmente por la prensa.¹⁴

En primer término, la toma de testimonio se volvió sistemática y por ende adquirió un nuevo estatuto público como «prueba», teniendo en cuenta que se realizaba en sesiones juramentadas y abiertas a los ciudadanos, que en algunas oportunidades podían firmar las actas levantadas, para avalar el procedimiento. El grueso de los declarantes –cuyas identidades hemos podido confirmar en pocas ocasiones– habían realizado tramos de la campaña con el Ejército Unido en el territorio de la Confederación Argentina y luego, estando frente a Montevideo, decidieron desertar. Muchos eran combatientes rasos –y con

¹⁴ Un análisis sobre las implicancias metodológicas de estas narraciones en Etchechury Barrera (2018, 89-106).

frecuencia analfabetos – originarios de las provincias de Corrientes, Entre Ríos o Córdoba. Tomando en cuenta su carácter de desertores, es entendible que desearan ser bien recibidos por las autoridades montevideanas y, por ende, disponían de «carta blanca» para relatar prácticamente cualquier cosa que denotara el salvajismo de los federales. Sin embargo, la mayoría de los declarantes separó con bastante escrúpulo lo visto de modo directo de otras historias oídas a terceros o que eran «de pública notoriedad» pero no habían presenciado. Una porción considerable de los testimonios es de este último tipo, e incluso algunos declarantes sostuvieron que no habían presenciado por sí mismos ninguna atrocidad, cuando en realidad podían haberse agenciado el rol de testigos de primera mano. De todos modos, como ocurre en toda guerra, cualquier recurso es empleado como válido, por lo que es muy probable que algunos declarantes fuesen presionados o influidos, es decir, ningún recaudo metodológico excluye considerar a este *corpus* emergido de la Comisión montevideana como potencialmente ficticio. No obstante, esta última posibilidad no vuelve inútiles a estos testimonios, por el contrario, su abordaje nos permite analizar el universo de la oralidad popular dentro de los ejércitos y las representaciones e imaginarios que circulaban, con sus narrativas maestras y lugares comunes, lo que también conforma una dimensión integral de la experiencia del combate.¹⁵

Estas consideraciones nos conducen a adoptar una estrategia hermenéutica cercana a la de aquellos antropólogos e historiadores que han explorado tópicos culturales complejos, como la comisión de masacres colectivas, donde irrumpen motivos referidos al canibalismo/antropofagia, o el vampirismo, donde priman los silencios y ambigüedades y las fuentes escritas que los sustentan poseen un carácter polémico. Este tipo de abordajes busca superar la oposición estrecha entre verdad y ficción, para encontrar dentro de esos relatos acerca de crueldades y aberraciones, ansiedades, temores ante otras comunidades o bien modos de condenar al enemigo, criticar la dominación o

¹⁵ Ricardo Salvatore (2014) ha propuesto un interesante ejercicio interpretativo sobre este tipo de problema, donde sopesa la retroalimentación entre ficción y realidad para analizar la ejecución de cautivos indígenas atribuido a Rosas en 1836. Un nuevo aporte suyo recoge la práctica del fusilamiento en los ejércitos federales como uno de los pilares del disciplinamiento rosista (Salvatore 2023).

expresar una lealtad política, entre otros significados posibles. Afirmar esto no implica que sea intrascendente saber si tales modalidades de violencia guerrera tuvieron lugar o no y de qué extensión gozaron, pero sí nos llama a salir del binomio real/ficcional, desde el momento en que esa violencia radical se constituye como un tejido inextricable donde ambos registros se entremezclan.

Luise White abordó este problema metodológico en una sugestiva investigación sobre los rumores que circulaban en ciudades de Kenia, al menos desde la década de 1920, sobre agentes que succionaban sangre a los habitantes de las ciudades con fines desconocidos, y el modo en que esta creencia, difundida en el contexto de la colonización europea, llegó a motivar acciones colectivas contra funcionarios o policías acusados de cometer esos hechos. La crítica de estos relatos orales no debe agotarse, por lo tanto, en un intento por saber si los declarantes mentían o no, ni partir de la base científica de que los vampiros humanos no existen en esos términos: «Lo imaginario hace lo real, al igual que crea más imaginaciones: es la inclusión de ambos lo que da profundidad a los análisis históricos y, si no alguna certeza, al menos bases sólidas sobre las cuales evaluar motivaciones, causas e ideas» (White 62).

El antropólogo Gananath Obeyesekere, por su parte, ha propuesto diferenciar la existencia concreta de la antropofagia, que considera como una práctica socialmente reducida y específica dentro de ciertas comunidades, del canibalismo, considerado como una construcción discursiva mucho más amplia, que el autor aborda a partir de los encuentros entre pobladores maoríes y conquistadores ingleses, durante el siglo XVIII. De acuerdo a este autor, ese proceso cultural dio lugar a una urdimbre fantasiosa de crónicas sobre la ingesta masiva de carne humana por parte de los «salvajes» isleños, diseminado dentro de la «subcultura de los marineros» y de otros narradores, que condensaron el tópico ante el público europeo (Obeyesekere 43). El historiador Alain Corbin (2016) ha brindado una aproximación semejante en su estudio sobre el linchamiento de un joven aristócrata, ejecutado y quemado por un grupo de individuos en Haute-faye, Francia, en agosto de 1870, en el contexto de la guerra franco-prusiana. El análisis pormenorizado del expediente abierto contra los comprometidos en el asesinato, a los que entre otras cosas se imputó haber cometido actos de antropofagia con el cuerpo de la persona linchada, le permitió

al autor explorar tensiones políticas, rumores y temores colectivos que podían explicar esos pormenores escabrosos e inscribirlos en la política del período. En el mismo sentido, el uso de los cancioneros populares realizado por Ariel de la Fuente (2007) para abordar la represión del ejército *porteño* en las provincias del interior a inicios de la década de 1860, también ha brindado numerosas pistas metodológicas relevantes acerca de cómo emplear ese tipo de testimonio para leer entre líneas los sentidos culturales y políticos de las violencias guerreras y su impacto en las sociedades locales.

3. La violencia ritualizada: tránsitos y resignificaciones entre la Confederación Argentina y Montevideo (1839-1844)

Como señalamos al inicio, desde fines de la década de 1830, la ciudad-puerto de Montevideo oficiaba de sede de la maquinaria de propaganda de los emigrados antirrosistas, una auténtica «caja de resonancia» de los relatos de violencia perpetrados por los ejércitos que respondían al Gobernador de Buenos Aires y sus aliados. Las supuestas matanzas de prisioneros ocurridas en la batalla de Pago Largo junto al desollamiento del gobernador de esa provincia, Genaro Berón de Astrada,¹⁶ operaron un primer punto de ruptura en el imaginario de la época, como un indicador de que esa violencia castrense se encontraba en una nueva escalada. La campaña de pacificación de las provincias del interior y litoral efectuada por Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina terminó de configurar esa idea en términos drásticos.¹⁷ En el transcurso de varias batallas y persecuciones los mandos de esa fuerza de guerra fusilaron de manera sumaria a decenas de jefes y oficiales y, lo que resultó más impactante para las élites regionales, procedieron a la ejecución de varios ministros, militares y políticos de rango, como Marco Avellaneda (3/10/1841), José Cubas (4/11/1841) o Mariano Acha (16/9/1841), cuyas cabezas fueron expuestas en picas, luego de haber padecido ultrajes que revelaban las consecuencias más palmarias de una

¹⁶ Por falta de espacio no me refiero aquí a la reconstrucción testimonial de la ejecución/desollamiento de Berón de Astrada, clave para el desarrollo de estos imaginarios. La superposición de testimonios producidos en la época junto a otros recabados por cronistas como Manuel F. Mantilla (1928) décadas después, constituye un claro ejemplo de cómo se yuxtaponen las versiones hasta formarse una malla de testimonios contradictorios que vuelven casi imposible arribar a conclusiones terminantes, pero que, en todo caso, demuestran la operatividad política y memorial de estos eventos.

¹⁷ Sobre la campaña del Ejército Unido y su despliegue de violencia: Ternavasio y Miralles (2020) y Etchechury Barrera (2015 y 2021).

guerra que se libraba por fuera de las consideraciones del derecho de guerra establecido. A estos casos más notorios de teatralización de las ejecuciones de los opositores connotados, de los que ya existían en la región antecedentes análogos en la década de 1820, se agregaban numerosas versiones sobre el asesinato de parlamentarios, el exterminio de prisioneros y, cada vez más, supuestas mutilaciones rituales practicadas a los cadáveres. De este modo, el desollamiento de cuerpos enemigos para fabricar manecas o lazos con los que «hacer gala» ante los camaradas de armas, se transformó en un tópico que aparece repetido en numerosos testimonios, lo mismo que la desacralización de la muerte, ejemplificada en relatos que dan cuenta de cadáveres insepultos y de condenados a muerte que eran privados de «los consuelos de la religión».¹⁸ Más allá de los detalles y grado de veracidad de muchos de estos episodios de violencia extrema, que han sido largamente discutidos por la historiografía partidista, configuraron las narrativas maestras mediante las cuales los contemporáneos percibían y expresaban la violencia radical de ese ciclo bélico.

En este contexto es entendible que Montevideo, que ya era sede de la maquinaria de propaganda de los emigrados antirrosistas y donde se publica el grueso de la prensa opositora, funcionara como una caja de resonancia de estos relatos escabrosos acontecidos en la Confederación Argentina y en las áreas rurales del Estado Oriental del Uruguay, particularmente en los primeros años del asedio. En varias oportunidades las autoridades militares de la ciudad tomaron declaraciones a sobrevivientes de los combates que iban arribando de los campos de batalla, cargados de historias sobre muertes atroces y crímenes «inenarrables» que afirmaban haber presenciado directamente. Cuando, a mediados de febrero de 1843, el Ejército Unido, precedido de su oscura fama, acampó frente a Montevideo y comenzó un asedio que se prolongaría hasta octubre de 1851, ese drama, hasta ahora vivido relativamente de lejos, causó una intensa movilización popular, en buena medida producto del terror que

¹⁸ Dairault (1957, 129); Caillet-Bois (1958); Agote (1968); Ferreyra y Sven Raheer (2005). Al mismo tiempo, debemos considerar que los campos de batalla del período considerado se solían transformar en espacios de ejecución de heridos y expoliaciones de los cuerpos caídos, como parte de las prácticas del botín, mientras que los cadáveres podían permanecer meses o años insepultos. En algunos casos esto último integraba los repertorios de punición *post-mortem*, ya que se acostumbraba a no enterrar a los enemigos más connotados desde el punto de vista político o militar, como una forma de «desacralización» intencional, que privaba al muerto de dignidad.

generaban las tropas federales. Al interior de la ciudad, a cuyo alrededor se habían construido improvisadas trincheras y murallas, se alistaron miles de residentes extranjeros en legiones de voluntarios que, junto a los Guardias nacionales y a los recientemente creados batallones de libertos, conformaron el núcleo del llamado «gobierno de la Defensa», tal como se conoció a la administración confinada en la capital. Sin duda, uno de los elementos que coadyuvó a forjar los imaginarios sobre la violencia extrema durante esos primeros tiempos tiene que ver con la existencia de circuitos de circulación de desertores, «pasados» o civiles (sobre todo mujeres) que eran quienes daban cuerpo social a estas narrativas.¹⁹

Fue en los primeros encuentros armados entre sitiados y defensores de la ciudad, entre 1843 y 1844, cuando se registraron los eventos de mayor atrocidad, aunque los incidentes aislados continuaron hasta el fin de la contienda. La «tierra de nadie» se transformó así en un teatro donde la violencia se desplegó de forma casi ritual en escenas de horror, principalmente en los primeros meses del asedio, cuando era frecuente el hallazgo de cuerpos decapitados o desmembrados, que luego eran colocados dentro de la ciudad a la vista de los habitantes, para demostrar los alcances de la «barbarie» enemiga. El traslado de los enemigos muertos, como prueba o trofeo, también condujo a un uso de los cuerpos cercano a la simbología de la caza, que se percibe en los combates por apoderarse de los caídos, en el remolque de sus cadáveres con lazos y en la eventual exposición de combatientes enemigos célebres caídos en combate («Sitio de Montevideo», f. 27).²⁰ Puede ser indicativo de este *crescendo* de violencias un pasaje del diario llevado por un contemporáneo a los sucesos, Francisco Solano Antuña, donde este refiere una conversación que mantuvo a mediados de 1843 con un oficial de Montevideo, quien le aseguró que los guerrilleros de la ciudad recibían como premio una gratificación monetaria por cada hombre que tomaran prisionero o mataran, y que en este último caso lo acreditarían «trayendo la cabeza, las orejas, ó testimonio así» (Antuña 504-505). No sabemos, en caso de haber existido, si esta era una práctica avalada o, por el contrario, se desarrollaba de forma

¹⁹ Sobre esta circulación de rumores, noticias y personas a través de la línea del sitio remito a Duffau (2020).

²⁰ Entrada del 27 de abril de 1843.

clandestina y solo esporádicamente, pero no deja de ser significativo de un contexto de polarización extremo en la retórica militar.

En ese contexto, fueron comunes las escenas en las que se conjugaban la castración y evisceración, las amputaciones corporales o la quema de los cadáveres, componen los repertorios más clásicos de la violencia guerrillera en el contexto de asedios o guerras contra invasores extranjeros, contiendas que, con frecuencia, se volvían feroces y difuminaban las barreras entre combatientes y civiles desarmados. Entre otras situaciones de esta naturaleza registradas frente a Montevideo, a mediados de 1843 la prensa dio cuenta del hallazgo del cuerpo del ciudadano vasco-francés Pierre Escaray con signos de haber sido degollado y castrado²¹ y, poco después, del cadáver de Pierre Errecart (conocido como Jáuregui), otro individuo del mismo origen, capataz de un saladero que fue perseguido por soldados de Oribe, que lo asaltaron y degollaron.²² El arriba mencionado Pedro Pico también relató varios acontecimientos semejantes, donde se evidenciaba un particular despliegue de crueldad:

Hecho horroroso. Nuestras descubiertas han encontrado un hombre hoy que no se sabe a que nacion pertenece ni a que clase; pero se infiere sea Italiano verdulero-. Este hombre estaba muerto, desnudo y degollado, tenia señales como de haber sido colgado-; las partes genitales tenia cortadas y estaba todo chamuscado como si le hubieran prendido fuego estando colgado- El que no haya visto este horroroso espectáculo no lo creera; pero quien lo ha visto me lo acaba de contar y es el mismo que lo trajo para darle sepultura- ¿Sera este un sueño de horror- de un espiritu debil o de una consciencia criminal? No, no es un sueño desgraciadamente, es una realidad terrible, una realidad que confunde y hace desconfiar á la razon... («Sitio de Montevideo» ff. 32-32v).

Entre los hechos más conocidos en los inicios del sitio montevideano figuró el asesinato de siete soldados franceses del batallón de *Volontaires de la Liberté* que fueron cortados de su unidad y muertos por la caballería enemiga, el 28 de abril de 1843. Al día siguiente una patrulla montevideana encontró sus

²¹ «Meurtre d'un basque francais», *Le Patriote Française*, Montevideo, n.º 144, 30/7/1843.

²² «Meurtre et egorgement de Pierre Jauregui, basque français», en *Le Patriote Française*, Montevideo, n.º 145, 31/7/1843-1/8/1843; nota del general José M. Paz al coronel Thiebaut, «Details sur la meurtre de Jean Errecart, dit Jaureguy, Ne a Baygore, departament des Basses-Pyrinnees», 2/8/1843, *Le Patriote Française*, Montevideo, n.º 148, 4/8/1843.

cuerpos decapitados y, a poca distancia, las cabezas, colocadas en línea y apoyadas en túmulos, en un claro intento de teatralización («Sitio de Montevideo» f. 28).²³ Meses después, a principios de noviembre de 1843, al día siguiente de un combate en el que cayeron algunos soldados y oficiales de la capital, los puestos avanzados hallaron la cabeza del teniente Hilario Ortega «colgada de un ojal que le habían hecho, con una oreja de menos» («Diario de las operaciones» f. 62).

Tal como apuntó Véronique Nahoum-Grappe para analizar este tipo de episodios extremos puede ser útil llevar a cabo una tarea descriptiva, cercana a la etnografía, que posibilite rastrear «condiciones naturales, posturas corporales, gestos en tiempo real» que ayudan a situar la violencia más barroca y exacerbada (Nahoum-Grappe 602). Desde esa óptica, la descripción minuciosa de un acontecimiento puntual, extraído de la serie de violencias que caracterizaron el asedio montevideano en sus primeros meses, puede ayudar a develar algunas de las claves culturales que subyacían en la violencia más ritualizada. Tomemos como punto de partida un episodio ocurrido a principios de julio de 1843, cuando una mujer llamada Tomasa Quintana arribó a la línea defensiva de la capital, tras ser expulsada del campo sitiador. Interrogada sobre los movimientos del enemigo, declaró ante las autoridades militares que a dos combatientes franceses, tomados prisioneros poco antes, los «degollaron y sacaron á uno el corazon y á el otro todo el vientre» («Diario de las operaciones» ff. 7 y 7v).²⁴ En los días siguientes se sumaron nuevos informes sobre este evento, que terminaron por componer un cuadro abigarrado de escarnios, que habría culminado, según algunos declarantes, en una escena cercana a la antropofagia. Si tomamos en consideración las fechas y circunstancias es posible que la versión de Quintana y las que se fueron agregando, hagan referencia a la suerte corrida por el artillero Judeón Myriet (o Mirguet) y el tambor Jean-Baptiste Etcheverry, que cayeron prisioneros luego de quedar rezagados, en el marco de una acción militar efectuada el 5 de julio de 1843 (Braconnay 51-52). Unos días después del incidente, el coronel de la Legión Francesa, Jean Chrisostome Thiebaut, narró en

²³ *Le Patriote Français*, Montevideo, n.º 69, 29/4/1843 y la comunicación de José M. Paz a Melchor Pacheco y Obes, 28/4/1843, en *Le Patriote Français*, Montevideo, n.º 70, 30/4/1843.

²⁴ Entrada del 9 de julio de 1843.

una carta publicada en *Le Patriote Français* los suplicios que habrían padecido los milicianos antes de morir, a través de detalles brindados por otras dos mujeres venidas del campamento de Oribe. Según la versión recogida por Thiebaut, los prisioneros fueron desnudados y tras sufrir «ultrajes inimaginables», mientras agonizaban, una «soldadesca frenética» les «cortó primero las partes, le abrió el vientre, les arrancó las entrañas y el corazón, les extrajo la carne y la piel de las costillas, como para confeccionar un *asado*». Finalmente fueron decapitados, dejándose sus cabezas en el medio del campo, una muerte que, a ojos de Thiebaut, revelaba una «crueldad de Caribes».²⁵ Años después Joseph Lefevre, veterano de la Legión Francesa de Montevideo, también aludió a esta escena, afirmando que, después de estaquear a los prisioneros, los soldados de Oribe «arrancaron sus partes sexuales, luego, abriendo sus cuerpos en toda su longitud, arrancaron sus entrañas palpitantes, y fue solo después de mil muertes sufridas por estos desafortunados, que sus cabezas fueron separadas del tronco y colocadas sobre piquetas en medio del campo» (Lefevre 97).²⁶ Un testimonio brindado en 1843 por el español Juan Esturia parece corroborar esta versión. Luego de haber abandonado el campamento sitiador declaró que con los dos milicianos «hicieron toda clase de maldad, pues fueron completamente desnudados, y puestos el uno a caballo y conducido el otro a pie». En el camino al cuartel del batallón de Maza fueron «estropeados á chicotazos, pasados con las bayonetas, y puñales, escupidos y befados, habiéndoles quitado las escarapelas, escupidolas y hechas pedazos», antes de ser degollados por orden del propio Oribe.²⁷ Pedro Allán, que antes de desertar del Ejército Unido se había desempeñado como capataz de un saladero en las cercanías de la capital, testificó a pocos días de producido el mismo suceso, afirmando que los verdugos del Ejército Unido solían conducir a cada víctima al lugar de ejecución punzándola con sus cuchillos y «ultrajándola con las palabras más obscenas que se puede imaginar». Los degolladores de profesión «hacen ostentación de su animosidad y furor con que han sacrificado á la víctima, suelen lamer el cuchillo ensangrentado con que han sacrificado a la víctima, tomar sangre con sus manos y beberla», escena esta última que Allán

²⁵ *Le Patriote Française*, Montevideo, n.º 127, 11/7/1843. Traducción nuestra, el subrayado pertenece al original, figurando la palabra *asado* en castellano.

²⁶ Traducción nuestra.

²⁷ Declaración de Juan Esturia, 14/10/1843, *El Nacional*, Montevideo, n.º 1454, 19/10/1843.

decía haber visto directamente en el caso de los dos franceses ejecutados, que además habían sido castrados vivos.²⁸ En estas «mutilaciones ceremoniales», como las denomina Alain Corbin (124-125), están presentes las principales representaciones que giran alrededor de la desacralización del cuerpo del enemigo vencido, comunes a varias culturas: el desfile escarneador y la burla carnavalesca, la algarabía y el pisoteo de elementos simbólicos, que humillan y privan de identidad a los prisioneros (en este caso, las cucardas o escarapelas francesas) y, por último, la muerte a través de un lento suplicio, acompañado de cortes y desollamiento, como si se tratara de un festín caníbal, condensado en la extracción de una tira de carne o «asado».

Aceptemos, por un momento, que los declarantes existieron como tales y que declararon *bona fide*: ¿qué era lo que habían visto realmente?, ¿en qué trama de rumores, expectativas y temores inscribían sus historias? Las declaraciones de muchos testigos oculares pueden haber estado condicionadas por tradiciones y motivos culturales de índole rural (el estaqueo, el degüello y la castración de ganado vacuno o la confección de maneas y arreos) y de historias que ya eran parte de un denso folclore militar, como lo devela el conjunto de afirmaciones recogido por la Comisión montevideana. En efecto, las atrocidades citadas arriba, aunque muy formalizadas y probablemente trasladadas a las actas siguiendo las expresiones urbanas y «cultas» de los comisionados, aparecen dispersas en muchas otras narraciones, en las que se da cuenta de prácticas cercanas al canibalismo y deshonras cometidas sobre los adversarios muertos. Existen múltiples variantes sobre este tipo de atrocidad en las versiones de otros declarantes que permiten afirmar, no la existencia de estas prácticas, pero sí la extensión de estos imaginarios. Entre ellos, el desertor José Luna afirmó ante la comisión que en diversas oportunidades los cadáveres de las víctimas de Oribe habían sido «mutilados, abiertos por la mitad y ultrajados con todo género de befa».²⁹ El paraguayo Bernardo Frete, desertor del batallón del coronel Mariano Maza, declaró a principios de 1844, haber oído que a algunos prisioneros les abrieron el vientre «según decían, para ver si estaban gordos». Agregó además que, entre los milicianos cautivos en el campamento del Cerrito, no había

²⁸ Declaración de Pedro Allán, 10/7/1843, *El Constitucional*, Montevideo, n.º 1343, 20/7/1843.

²⁹ Declaración de José Luna (s.f.), *El Nacional*, Montevideo, n.º 1642, 22/12/1843.

extranjeros «porque es tanta la rabia que les tienen, que aun después de muertos hacen con los cadáveres tanta befa y heregia que repugna el poderlas referir». Entre otras cosas, acusaba al citado Maza de «salar y cortar algunas orejas de los primeros franceses que degolló y las mandó a Buenos Aires».³⁰ José Ramos, desertor originario de Buenos Aires, igualmente aseguró que los extranjeros y argentinos que caían en manos del enemigo eran los que más crueldades sufrían.³¹ Y, de modo análogo, José Zamora consignó que la casi totalidad de los prisioneros eran degollados «muy particularmente si son extranjeros»,³² opinión que suscribió el correntino José Mangú.³³ Otro testigo presentado ante la comisión montevideana, Jacinto Trasante, abonó esta idea por la inversa, sosteniendo que entre los exceptuados de la ejecución se encontraban «los soldados morenos, ó hijos del país».³⁴ Si seguimos la línea analítica sugerida por Philipe Dwyer, estaríamos entonces ante ciertas «jerarquías de crueldad», que solo una observación en detalle revelaría. Los relatos referidos corroboran que, al menos en las representaciones generadas en esa coyuntura, la xenofobia constituía un punto de quiebra de gran importancia a la hora de determinar sobre quiénes se desencadenaba la violencia más denigrante y ritualizada: civiles extranjeros y sobre todo legionarios. Ese terreno estaba abonado por un lustro de intervenciones de la armada y de los enviados consulares franceses en las disputas políticas del Río de la Plata que, desde 1838, brindaron soporte financiero y logístico a los generales Fructuoso Rivera y Juan Lavalle en sus campañas contra Rosas y Oribe. Ello dio pie a un notable reforzamiento del discurso *americanista* en filas de blancos y federales, donde la asociación entre unitarios y extranjeros se alimentaba de un imaginario popular que ya se venía tejiendo desde fines de la década de 1820, como lo han señalado varios estudios.³⁵ Todavía estaba fresco en la memoria de los partidarios «blancos» el apoyo que el cónsul francés Raymonde Baradère había prestado a Rivera durante su alzamiento militar de 1836-1838 y el furor se incrementó aún más con el

³⁰ Declaración de Bernardo Frete, 25/2/1844, *El Nacional*, Montevideo, n.º 1578, 19/3/1844.

³¹ Declaración de José Ramos, 3/7/1843, *El Constitucional*, Montevideo, n.º 1340, 13/7/1843.

³² Declaración de José Zamora, 16/1/1844, *El Nacional*, Montevideo, n.º 1533, 21/1/1844.

³³ Declaración de José Mangú, 30/4/1844, *El Nacional*, Montevideo, n.º 1620, 7/5/1844.

³⁴ Declaración de Jacinto Trasante, 15/5/1844, *El Nacional*, Montevideo, n.º 1642, 4/6/1844.

³⁵ González Bernaldo (1987); Gelman (2004); Zubizarreta (2011). Más allá de que se trate de un contexto diferente, son sumamente útiles sobre la operatividad de los imaginarios xenófobos el texto de Goldman, 1990.

armamento de los residentes extranjeros de esta ciudad, en abril de 1843, que había sido visto por Rosas y Oribe como un hecho escandaloso y atentatorio contra la soberanía de las repúblicas rioplatenses. El uso despectivo de términos como *gringos*, *carcamanes* y *piratas* –aplicados principalmente a franceses e italianos garibaldinos– fue empleado profusamente en los documentos firmados por funcionarios civiles y militares que respondían a Oribe y Rosas. Testimonios, como los citados arriba, que denunciaban supuestas mutilaciones y torturas contra civiles y prisioneros franceses e italianos, sugieren que ese discurso antiextranjero pudo haber calado profundamente entre las tropas y oficiales del Ejército Unido y alentar, en algún punto, las atrocidades cometidas.

Si la evidencia física sobre algunas de estas brutalidades aparece bien documentada, menos claro resulta, en cambio, saber quiénes habían sido los perpetradores reales, dado que existen pruebas sobre la existencia de operaciones de «bandera falsa» perpetrados por efectivos montevideanos.³⁶ Ahora bien, dejando de lado la responsabilidad última de cada caso, el gobierno montevideano decidió emplear estas ejecuciones atribuidas al enemigo «a la manera de una documentación sangrienta», como anotó en sus memorias el general Ventura Rodríguez, para demostrar ante los habitantes de la ciudad sitiada los alcances de los crímenes de Rosas y Oribe y disuadir a potenciales colaboracionistas.³⁷ La celebración pública de las muertes de los caídos en combate no era nueva al interior de la plaza, al menos desde 1843. Entre las ceremonias más notorias figuraron la celebrada tras la muerte del coronel español José Neyra, veterano de las «invasiones inglesas» de 1806-1807, caído en combate en noviembre de 1843 y la del coronel Marcelino Sosa, célebre guerrillero de caballería, despedazado por una bala de cañón en febrero de 1844, que suscitaron un intenso despliegue de oratoria, memoriales y honores militares que tendían a inscribir la defensa de Montevideo y sus «mártires» en un ciclo heroico de raigambre universalista.³⁸ En simultáneo a este tipo de exequias, en el transcurso del sitio se estableció otra serie celebratoria, mucho más lóbrega, conformada por la exposición pública de los caídos cuyos cuerpos, marcados por

³⁶ Véase por ejemplo la declaración de Roque Leardo, citada por Antonio Díaz (1914, 50-51).

³⁷ Ventura Rodríguez (1919, 91).

³⁸ María Alejandra Fernández (2015, 33-59); Facundo Roca (2020). Acerca de la gloria y el coraje marcial en el siglo XIX: Alejandro Rabinovich (2009).

las mutilaciones, revelaban la supuesta crueldad de los sitiadores. La creencia de que esas violencias eran auténticas, tangibles y peligrosamente cercanas, solían provocar sentimientos colectivos entre los habitantes de la ciudad-puerto – instigados por las autoridades o espontáneos – en los que se mezclaban el temor y el deseo de venganza, pasiones que, a su vez, llegaron a ser canalizadas con fines políticos. No solo los cuerpos de combatientes y oficiales caídos eran objeto de esta teatralización. Cada vez que un civil era asesinado en las cercanías de Montevideo, como ocurrió con el citado Pedro Escaray, concurrían «porción de nacionales y extranjeros respetables á verlo y examinarlo». Con frecuencia se solía convocar a los oficiales navales de Francia o Inglaterra para que certificaran el estado de los cadáveres ultrajados, que expresaban, a juicio de *El Constitucional*, el modo en que «esos caribes hacen una guerra de espanto y de esterminio al genero humano».³⁹

La decapitación de varios efectivos franceses pertenecientes al batallón de *Volontaires de la Liberté*, arriba mencionada, propició varias ceremonias y fue publicitada por las autoridades de la ciudad como un acto de inusitada crueldad, que convertía a las víctimas en «mártires de la civilización y la libertad».⁴⁰ La cabeza mutilada de Hilario Ortega, a la que también hicimos referencia, fue expuesta en el cementerio público en medio de honores militares, mientras los batallones de la guarnición desfilaban ante ella. Según un testimonio contemporáneo al suceso, al contemplarla los soldados se animaron de «un espíritu de ira é indignación» y «deseos de venganza» al tiempo que prometieron «tanto ntr^{os} soldados, como todos los concurrentes, ya nacionales, ya extranjeros en que se les debía dar muerte por represalia á los prisioneros del día siguiente», cosa que no sabemos si en efecto ocurrió, pero que no deja de ser ilustrativa sobre las potenciales consecuencias que tenían esas celebraciones en posteriores *vendettas* («Diario de las operaciones» f. 62). De igual manera, la ejecución de Etcheverry y Mirguet promovió sentimientos de «odio implacable», como apuntó Joseph Lefevre, testigo de los hechos. Los rumores que se difundieron indican que los legionarios «juraron exterminar a todos los sitiadores que cayeran en su poder», aunque el mismo Lefevre se apresuró a aclarar en sus memorias – quizás

³⁹ *El Constitucional*, Montevideo, n.º 1352, 31/7/1843.

⁴⁰ *Le Patriote Français*, Montevideo, n.º 69, 29/4/1843.

en un intento por soslayar operaciones escabrosas— que ese fue «el único juramento que no cumplieron». ⁴¹ El ejemplo más acabado de este uso político del cuerpo masacrado durante el sitio a la ciudad se produjo en noviembre de 1843, cuando fueron encontrados en las cercanías de las trincheras los cadáveres degollados de cuatro prisioneros. Aparentemente habían sido ejecutados la noche anterior «cuando en medio de una gritería y feroz algazara de los caribes anunciaban su bárbara alegría y el sacrificio de las víctimas, gritando *los novillos están gordos*». ⁴² Una orden firmada por el general José María Paz, Jefe de Armas de la guarnición, dispuso que los cuerpos fuesen conducidos hasta una barraca de comercio, donde se dejaría asistir a ciudadanos nacionales y extranjeros que quisieran contemplarlos y corroborar sus identidades. Horas después fueron conducidos a la Plazoleta de la Policía, donde Andrés Lamas, Jefe Político y de Policía, los hizo colocar sobre túmulos enlutados y revestir con banderas nacionales «teniendo las víctimas descubierta la mitad del cuerpo y su horrenda herida del cuello». Enseguida, un comisario de la fuerza policial inició «el terrible cuadro» leyendo una alocución que se difundió entre «el inmenso pueblo que se apiñaba sobre los cadáveres». Teniendo como telón de fondo este montaje ceremonial, el impreso llamaba a los ciudadanos a redoblar la resistencia, recordando persuasivamente a los asistentes que contemplaban a las víctimas que «esa será vuestra suerte si flaqueais en la defensa de estos muros, y si algún día creéis a los agentes de la tiranía». Según el relato publicado por *El Nacional*, «el pueblo se agolpó en oleadas durante horas» ante los cuerpos expuestos, junto a numerosos oficiales y funcionarios del gobierno. El punto de cierre de la ceremonia tuvo lugar en el Cementerio, donde el Ministro de Guerra y Marina, Melchor Pacheco y Obes, pronunció una extensa oración fúnebre frente a una nutrida representación militar. En ese momento, un «alto clamor se levantó en la inmensa concurrencia que repetía con el frenesí del más acerbo dolor — represalia! venganza! guerra a muerte a Rosas y a los suyos!. El estremecimiento de colera, y la agitación que ella producía mantuvieron por algunos minutos al pueblo y al ejército en un terrible enajenamiento». ⁴³ Valiéndose de este clima de

⁴¹ Lefevre, *La Légion Française*, 97.

⁴² «Historia del Ejército Nacional (continuación). Año 1843», *Boletín Histórico*, n° 51, Montevideo, 1951, 8 (subrayado en el original). El mismo hecho es descrito en «Diario de las operaciones» (f. 55).

⁴³ *El Nacional*, Montevideo, n.º 1445, 9/10/1843.

excitación popular, en este caso claramente fomentado por las autoridades, a través de un decreto del 7 de octubre de 1843 se puso en vigor el «derecho de represalia». El decreto no solo constituía una disposición punitiva, sino que además pretendía instaurar toda una interpretación cultural sobre la naturaleza de la guerra que se venía librando desde hacía casi un lustro a ambas orillas del Río de la Plata. En su extenso encabezado justificativo se recogían todos los lugares comunes que ya habían sido relatados por prisioneros y recogidos en obras de propaganda como las *Tablas de Sangre* de Rivera Indarte. En vista de estos antecedentes, el decreto establecía que, hasta que el enemigo no hiciera «guerra conforme a la civilización, serán irremisiblemente pasados por las armas todos los individuos del ejército de Rosas que sean aprehendidos y pertenezcan a la clase de geje u oficial». Los sargentos, cabos y combatientes rasos no quedaban comprendidos en la medida, excepto los dedicados a la profesión de «degolladores» en los batallones en que revistaban «y a los que sean convencidos de haber usado alguna vez de manea u otra clase de correaje fabricado de piel humana, ó insultado de algun modo los cadáveres de los muertos en batalla o en los cadalsos de la tiranía».⁴⁴

4. Consideraciones finales

Si bien a partir del registro documental expuesto arriba no puede afirmarse de manera taxativa el grado de extensión social de los actos de violencia extrema cometidos en los campos de batalla rioplatenses de mediados del siglo XIX, el análisis de algunos episodios concretos, sobre los que es posible concentrar las fuentes, permite abrir un espacio conjetural, que sugiere la existencia de un conjunto de acciones cruentas y con frecuencia ritualizadas, efectuadas sobre los cuerpos de civiles y prisioneros enemigos. Rivera Indarte, Andrés Lamas o Agustín Wright, más allá de sus inequívocas intenciones propagandísticas, supieron ver cómo, para muchos perpetradores, esas acciones extremas podían constituir una forma alternativa a la gloria militar tradicional, una vía sangrienta y tétrica para ganar respeto, obtener nombradía entre los camaradas de armas o afirmar una lealtad política. Muchos de estos gestos macabros parecen haber sido ejecutados por grupos reducidos de oficiales y

⁴⁴ Decreto del 7 de octubre de 1843, en De León (1889, 294-296).

efectivos, de modo clandestino, pero evidencian las modalidades más oscuras del coraje marcial y los bruscos cambios que podían impactar sobre los códigos del honor militar imperantes ante un *crescendo* de violencia extrema. Si aceptamos su existencia conjeturalmente, lamer la sangre de un cuchillo o extraer un trozo de carne del cadáver de un enemigo, parecen haber sido gestos culturales efímeros, que solo otorgaban fama en el ámbito reducido de las compañías o batallones en que revistaban sus perpetradores y que, una vez publicitados fuera de su ámbito de producción, convertidos en hechos deleznable y criminales, se debían silenciar, pero no por ello dejaron de ser operativos en una coyuntura específica, incluyendo las operaciones de bandera falsa.

En segundo término, aun si restamos relevancia a la práctica y su nivel de concreción social, es posible sostener que existía una circulación oral fluida de relatos sobre delitos, aberraciones y excesos cometidos en los campos de batalla y sus alrededores, que se sustanciaban en las narraciones de prisioneros o pasados del enemigo, una cultura oral densa que también formaba parte de la experiencia del combate. Por ello, más allá de su discutible estatus de veracidad, a la luz de los testimonios enumerados arriba, cabe suponer que este *corpus* poseía cierta autonomía respecto de las crónicas de los periódicos y de las obras de los letrados que tomaban esos relatos y los recreaban con fines propagandísticos. En gran medida, el desafío heurístico estriba en descifrar en esas historias formalizadas y repetidas, que daban cuenta de pieles cortadas, cuerpos mutilados y bebedores de sangre, sentidos políticos o culturales concretos, ansiedades y temores, conflictos étnicos o de clase, y tratar de evaluar las razones por las que fueron tan difundidas y creídas como auténticas. ♦

Obras citadas

Fuentes

Agote, Pedro. *Recuerdos del pasado*. Buenos Aires, Barcelona: Emecé Editores, 1968.

Antuña, Francisco Solano. «Diario llevado por el Dr. Francisco Solano Antuña sobre los sucesos ocurridos en la República durante el año 1843». *Revista Histórica*, año LXVIII, tomo XLV, 1974, 133-135.

Dairault, Francisco. *En el Ejército del Gral. Rivera durante la Guerra Grande*. Montevideo: s.p.i., 1957.

«Diario de las operaciones del Ejército durante el sitio de Montevideo y que principia en 1º de julio del presente año, 1843», *Archivo General de la Nación*, Argentina, sala VII-10-5-10, legajo 1053.

El Constitucional, Montevideo, 1843.

El Nacional, Montevideo, 1843-1844.

Ferreira, María del Carmen y David Sven Raher, editores, *Memorias de una sociedad criolla. El Diario de Ramón Gil Navarro, 1845-1856*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 2005.

Lamas, Andrés. *Apuntes históricos sobre las agresiones del Dictador argentino Juan Manuel Rosas contra la independencia de la República Oriental del Uruguay. Artículos escritos en 1845 para El Nacional de Montevideo por D. Andrés Lamas, 1828 a 1838*. Buenos Aires: Casa Editora Imprenta Popular, 1877.

Le Patriote Français, Montevideo, 1843.

Lefevre, Joseph. *La Légion Française, première année du siège de Montevideo: extrait des Souvenirs d'un volontaire*. Montevideo: Imprimerie du Patriote Française, 1852.

Poesía Gauchesca. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.

Rivera Indarte, José. *Rosas y sus opositores por José Rivera Indarte editor del Nacional de Montevideo*. Montevideo: Imprenta del Nacional, 1843.

Rodríguez, Ventura. *Memorias militares del General don Ventura Rodríguez*. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1919.

Sarmiento, Domingo F. *Viajes en Europa, Africa i America*. Santiago de Chile: Belin y Cia., 1849.

«Sitio de Montevideo. Diario llevado por Don Pedro Pico del Cuerpo de ingenieros militares de la plaza». *Manuscritos, vol. 71*. Montevideo: Archivo del Museo Histórico Nacional, 1843.

Wright, Agustín. *Apuntes históricos de la Defensa de la República*. Montevideo: Imprenta del Nacional, 1845.

Referencias bibliográficas

Amante, Adriana. «Sarmiento y sus precursores». *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, n.º 44, 2016, 180-193.

Area, Leila. «Proferir lo inaudito: “Tablas de sangre”, de José Rivera Indarte». *The Colorado Review of Hispanic Studies*, vol. 4, 2006, 189-204.

Audoin-Rouzeau, Stéphane. «Violences extrêmes de combat et refus de voir». *Revue Internationale des Sciences Sociales*, vol. 4, n.º 174, 2002, 543-549.

Auslander, Leora y Tara Zahra. *Objetos de guerra: la cultura material del conflicto y el desplazamiento*. Cornell University Press, 2018.

Becket, Annette y Henry Rousso. «D'une guerre a l'autre». En Stéphane Audoin-Rouzeau, Annette Becket, Christian Ingrao y Henry Rousso, directores, *La*

- Violence de guerre, 1914-1918. Approches comparées des deux conflits mondiaux.* París: Editions Complexe, 2002.
- Braconnay, Claudio M. *La Legión Francesa en la defensa de Montevideo.* Montevideo: Claudio García, 1943.
- Cadet, Nicolas. «Anatomie d'une "petite guerre", la campagne de Calabre de 1806-1807». *Revue d'Histoire du XIXe Siècle*, n.º 30, 2005, 65-84.
- Caillet-Bois, Ricardo. «Quebracho Herrado y la muerte de Marco Avellaneda narrada por un testigo presencial». *Trabajos y Comunicaciones*, vol. 7, 1958, 60-65.
- Carmichael, Peter S. «The Trophies of Victory and the Relics of Defeat. Returning Home in the Spring of 1865». En Joan E. Cashin, editor, *War Matters. Material Culture in the Civil War Era.* Carolina del Norte: University of North Carolina Press, 2018, 198-221.
- Cashin, Joan E. «Trophies of War. Material Culture in the Civil War Era». *Journal of the Civil War Era*, n.º 3, 2011.
- Corbin, Alain. *Le village des «cannibales».* París: Flammarion, 2016.
- De la Fuente, Ariel. *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado argentino (1853-1870).* Buenos Aires: Prometeo, 2007.
- «"Civilización y barbarie": fuentes para una nueva explicación del *Facundo*». *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, n.º 44, 2016, 135-179.
- De León, Pedro. *Recopilación de decretos militares desde el año 1828 hasta 1889.* Montevideo: Tipografía de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, 1889.
- Demélas, Marie-Danielle. *Nacimiento de la guerra de guerrilla. El diario de José Santos Vargas (1814-1825).* La Paz: Instituto de Estudios Andinos, 2007.
- Díaz, Antonio. *Historia política y militar de las repúblicas del Plata desde el año de 1828 hasta el de 1866. Parte segunda-Tomo VI.* Montevideo: Imprenta de El Siglo, 1878.
- Duffau, Nicolás. «Los "hombres funestos". Soldados delincuentes, redes de desertión y guerra política durante los dos primeros años del Sitio Grande de Montevideo (1843-1844)». *Historia Crítica*, n.º 36, vol. XV, 2020, 21-49.
- Dwyer, Philip. «"It Still Makes Me Shudder": Memories of Massacres and Atrocities during the Revolutionary and Napoleonic Wars». *War in History*, vol. 16, n.º 4, 2009, 381-405.
- «Historias de guerra: las narrativas de los veteranos franceses y la "experiencia de guerra" en el siglo XIX». *Revista Universitaria de Historia Militar*, vol. 4, n.º 7, 2015, 108-132.
- Etchechury Barrera, Mario. «La devastación "como cálculo y sistema". Violencia guerrera y faccionalismo durante las campañas del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina (1840-1843)». *Sección Foros*

- del Programa Inter-Universitario de Historia Política*, Buenos Aires, 2015.
- «“Visto y oído”. El testimonio de la experiencia del combate a la propaganda de guerra (Río de la Plata, 1839-1845)». En Ariadna Islas y Laura Reali, editoras, *Guerras civiles. Un enfoque para entender la política en Iberoamérica (1830-1935)*. Berlín: Estudios AHILA, Iberoamericana Vervuert, 2018, 89-106.
- «Los claroscuros de la lealtad. El Ejército Unido de la Confederación Argentina y las prácticas de la pacificación político-militar, 1839-1842». *Secuencia*, vol. 113, 2022, 1-33.
- Fernández, María Alejandra. «Muerte y pedagogía política durante la Revolución: Buenos Aires, 1810-1812». En Sandra Gayol, Gabriel Kessler, compiladores, *Muerte, política y sociedad en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Edhasa, 2015, 33-59.
- Ferro, Gabo. *Barbarie y civilización. Sangre, monstruos y vampiros durante el segundo gobierno de Rosas*. Buenos Aires: Marea Editorial, 2015.
- Gelman, Jorge. «Unitarios y federales. Control político y construcción de identidades en Buenos Aires durante el primer gobierno de Rosas». *Anuario del IEHS*, vol. 19, 2004, 359-390.
- Goldman, Noemí. «El levantamiento de montoneros contra “gringos” y “masones” en Tucumán, 1887. Tradición oral y cultura popular». *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, tercera serie, n.º 2, 1990, 47-73.
- González Bernaldo, Pilar. «El levantamiento de 1829: el imaginario social y sus implicaciones políticas en un conflicto rural». *Anuario del IEHS*, vol. 2, 1987, 137-176.
- Harrison, Simon. *Dark Trophies. Hunting and the Enemy Body in Modern War*. Nueva York: Berghahn, 2012.
- Jáuregui, Carlos. *Canibalia: Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Madrid: Iberoamericana, Vervuert, 2008.
- Kalyvas, Stathis. *The Logic of Violence in Civil War*. Cambridge: Cambridge University Press, 2009.
- Keegan, John. *The Face of Battle*. Nueva York: Viking Press, 1976.
- *A History of Warfare*. New York, Knopf, 1994.
- Mantilla, Manuel Florencio. *Crónica histórica de la provincia de Corrientes. Tomo I*. Buenos Aires: Espiasse y Cia., 1928.
- Morea, Alejandro. *El Ejército de la Revolución. Una historia del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia*. Rosario: Prohistoria, 2020.
- Nahoum-Grappe, Véronique. «Anthropologie de la violence extrême: le crime de profanation». *Revue Internationale des Sciences Sociales*, vol. 14, n.º 174, 2002, 601-609.

- Nováková, Lucía y Romana Šályová. «Marking the Victory in Ancient Greece: some Remarks on Classical Trophy Monuments». *ILIRIA International Review*, vol. 9, n.º 1, 2019, 191-201.
- Obeyesekere, Gananath. *Cannibal Talk. The Man-Eating Myth and Human Sacrifice in the South Seas*. California: University of California Press, 2005.
- Oribe, Aquiles B. *Cerrito de la Victoria. Su medio ambiente político-social durante la Guerra Grande. Tomo Primero*. Montevideo: La Liguria, 1914.
- Palti, Elías. «Facundo y la “ansiedad de las influencias”». *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, n.º 44, 2016, 194-200.
- Piglia, Ricardo. *Formas breves*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Quintero Mächler, Alejandro. «Tabular, evocar, recordar. La refundación de la Argentina en las Tablas de sangre de José Rivera Indarte». *Prismas*, vol. 24, n.º 1, 2020, 62-81.
- Rabinovich, Alejandro. «“La gloria, esa plaga de nuestra pobre América del Sud”. Ethos guerrero en el Río de la Plata durante la guerra de la Independencia, 1810-1824». *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos, Debates*, 2009.
- *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Rio de la Plata, 1806-1852*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2017.
- Roca, Facundo. «La militarización de la muerte. Guerra y religión en el Río de la Plata a comienzos del siglo XIX (1806-1820)». *Historia Caribe*, vol. 15, n.º 36, 2020, 205-234.
- Saldías, Adolfo. «La prensa propagandista del Plata (1843-1844)». En José Rivera Indarte, *Tablas de sangre. Es acción santa matar a Rosas*. Buenos Aires: Antonio Dos Santos, 1946, 9-60.
- Salvatore, Ricardo. «De la ficción a la historia: el fusilamiento de indios de 1836». *Quinto Sol*, vol. 18, n.º 2, 2014, 1-31.
- «Disciplinado mediante la pena capital: ejecuciones de soldados durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas». *Revista de Indias*, vol. 83, n.º 289, 2023, 679-709.
- Simari, Leandro Ezequiel. «Escritos sobre la violencia en la literatura argentina: “El matadero”, de Esteban Echeverría y “Tablas de sangre”, de José Rivera Indarte». *Catedral Tomada*, vol. 6, n.º 11, 2018, 339-369.
- Ternavasio, Marcela y Micaela Miralles. «Guerra y política durante el terror rosista (1838-1842)». En Hilda Sabato y Marcela Ternavasio, coordinadoras, *Variaciones de la República. La política en la Argentina del siglo XIX*. Rosario: Prohistoria, 2020, 119-138.
- Traballi, Sofía. «Avatares de una cabeza en la picota: los restos insepultos como significativo en disputa en algunos textos de José Rivera Indarte». *Badebec*, vol. 5, n.º 9, 2015, 25-54.
- Villar, Daniel y Juan Francisco Jiménez. «En lo alto de una pica. Manipulación ritual, transaccional y política de las cabezas de los vencidos en las

fronteras indígenas de América meridional (Araucanía y las pampas, siglos XVI-XIX)». *Indiana*, n.º 31, 2014, 351-376.

White, Luise. *Speaking with Vampires: Rumor and History in Colonial Africa*. Berkeley: University of California Press, 2000.

Zubizarreta, Ignacio. «La intrincada relación del unitarismo con los sectores populares, 1820-1829». *Quinto Sol*, vol. 15, n.º 1, 2011, 1-23.